

huestes de Zapata, hace ya más de dos meses, ¡y quién lo creyera! estas huestes poseen el anillo de Gíges; siempre han sido invisibles para las fuerzas federales; se les trae de un lado para el otro y se les lleva de un pueblo al de más adelante; se les entrega á fatigas horrendas é imponderables y nuestro bravo, nuestro heroico ejército federal, sigue padeciendo inhumanamente. ¿Qué es eso? ¿Qué, ignoran los que tal política aconsejan que la paciencia tiene un límite y que el heroísmo reconoce términos infranqueables? ¿Qué, desconocen la historia de Cuauhtemoc, entregando á pesar de tanto heroísmo su espada á Cortés? ¿Qué, olvidan el episodio dantesco en que Hugolino acosado por el hambre, acaba por morder hasta el cráneo de su hijo?

No, no es posible exigir ya más al Ejército federal. ¿Qué pues es lo que se procura con todo esto? ¡Ah! qué triste es decirlo, pero á ello conducen todos los acontecimientos. Tal parece que se está procurando el fermento anárquico, para después sobre las ruinas humeantes de la desolación, volver otra vez á construir la columna de la dictadura sempiterna (Aplausos); y yo, que no soy revolucionario, que cada día “enquistas” más mi admiración hacia Porfirio Díaz (Aplausos, vivas, grande ovación), yo resulto más demócrata que los “soi dissant” que aconsejan esa política disolvente (Aplausos)

Un breve episodio os voy á narrar. Ha dicho la Condesa de Pardo Bazán, en frases que pronto alcanzarán la vulgarización de proloquio: “Que la Historia cansada de crear se repite,” y es verdad. Pronto hará un siglo, en el Sur de nuestra República, también en el Estado de Guerrero, combatía por la independencia nacional un hombre ante cuya evocación es preciso siem-

pre “destocarse”—José María Morelos y Pavón (Aplausos.) Aquel héroe, á quien nadie ha superado en temperatura moral, tenía á sus órdenes dos aventureros: uno norteamericano, David, y un cuarterón ó mulato, Tabares; eran de Morelos algo enteramente análogo—¿qué digo!—idénticos á lo que fué para el Sr. Madero Emiliano Zapata; pues bien, David y Tabares concibieron, como D. Emiliano, un plan de comunismo agrario, matar á toda la población blanca y repartirse por igual todos los terrenos. José María Morelos podía haberse aprovechado de los servicios de aquellos hombres, que eran demolidores del régimen virreinal; pero patriota por encima de todo, vió con lucidez, con diafanidad, el peligro, y, abandonando á las huestes realistas, desentendiéndose de la campaña insurreccional, marchó contra aquellos aventureros, los prendió y los fusiló. Y yo hago este supremo llamamiento al Sr. Madero. Le reconozco grandes virtudes, más aún, le concedo la suprema genealogía moral, lo hago descendiente del ilustre, del eterno michoacano, D. José María Morelos y Pavón;—pero que imite á su ancestro, que extirpe á Emiliano Zapata; Emiliano Zapata no es un bandido ante la gleba irredenta que alza sus manos en señal de liberación. Zapata asume las proporciones de un Espartaco; es el reivindicador, es el liberador del esclavo, es el promotor de riquezas para todos; ya no está aislado, ha hecho escuela, tiene innumerables prosélitos; en el Estado de Jalisco (pronto desventurado Estado, mi Estado natal), un candidato, un “Lisandro” abominable, comprando votos con el señuelo de promesas anarquistas, ha ofrecido reparto de tierras, y la prédica ya empieza á dar sus frutos; los indios se han rebelado; Zapata está á las puertas de la ciudad de México próximamen-

te; Banderas en Sinaloa, destruirá. Es todo un peligro social, señores diputados, es sencillamente la aparición del subsuelo que quiere borrar todas las luces de la superficie. (Aplausos).

¿Es posible que este aborto haya sido deliberadamente madurado? ¿Es posible que con estímulos nauseabundos hayan alentado á Emiliano Zapata, creyendo que se le extinguirá el día que se quiera? Mentira; ya Emiliano Zapata no es un hombre, es un símbolo; podrá él entregarse mañana al poder que venga, venir con él todo su Estado Mayor; pero las turbas, que ya gustaron del placer del motín, que ya llevan en su paladar la sensación suprema de todos los placeres desbordantes de las bestias en pleno desenfreno; éstos no se rendirán, esos constituyen un peligro serio de conflagración; y hay que tener en cuenta, y hay que recordar á los que tales cosas han hecho,—esto que es la suprema lección de la historia:

Robespierre, en el auge supremo de su poder, mandaba diariamente decapitar á ciudadanos y á aristócratas, y alguien, viendo su popularidad, pero también el inminente peligro que corría, se acercó y le dijo: “Robespierre, acuérdate de que Dantón fué popular.” Con esta imprecación terminaré, señores: acordémonos todos los odiados ó los queridos, los exaltados ó los oprimidos, de que para todos existe el tajo de la guillotina, y que de la luz de Mirabeau se va rápidamente á la densa sombra de Billaud Barennes. Acordémonos siempre de que también Dantón fué popular.”

El otro discurso, que lo dijo el diputado licenciado don Francisco M. de Olaguíbel, también lo tomamos de

“El Imparcial,” haciendo las mismas aclaraciones y salvedades que para el anterior:

SEÑORES DIPUTADOS:

“Al apoyar la proposición á que se ha dado lectura y que ha despertado un movimiento, no sólo en la Honorable Asamblea, sino en las ilustradas galerías, debo comenzar por hacer una honrada confesión á la Cámara: no vengo en representación de ningún grupo. Rotos por la fuerza de las cosas los vínculos que, aunque pequeños, me ligaron con el Gobierno del señor General Díaz, y conservando una profunda y respetuosa gratitud por el ilustre vencido (bravos y aplausos), sin vínculos de ninguna clase con los partidos políticos que actualmente se disputan el campo de la opinión, no soy más que un oscuro diputado, que sólo dispone de su voz desautorizada y de su insignificante voto; pero que, en todo caso, se propone usar de una y de otro, sin obedecer á más sugerencias que las de su humilde sentir personal.

Así pues, si corroboro en la obra levantada y noble que ha iniciado el señor diputado Lozano, y con él muchos de nuestros HH. compañeros, es porque conceptúo señores, que los momentos son trágicos, que el tiempo vuela, que es necesario, que es preciso, que es urgente, tomar una resolución antes de que salgamos de esta Cámara.

Señores, la historia del movimiento revolucionario, degenerado en bandidaje que amaga á unos cuantos kilómetros de la capital, es sencilla y está en todas las memorias. No bien los tratados de Ciudad Juárez dieron el triunfo á la Revolución de Noviembre en la escalinata de la aduana de Ciudad Juárez, se pusieron en planta medios que se creyeron eficaces para devolver

la tranquilidad á la República, que ya temblaba dolorosamente al paso de las huestes revolucionarias. Los soldados de Chihuahua, los verdaderos héroes de la revolución, se retiraron pacíficamente y abandonaron las armas para reanudar sus tareas agrícolas; no pidieron dinero; ellos lucharon por un ideal que no es el momento de discutir, y volvieron aquellos revolucionarios á sus tareas pacíficas y de progreso unos, otros ingresando á los cuerpos de policía rural, en donde prestan los más estimables servicios. Quedaban entonces, señores, algunos levantados en el Estado de Morelos y en alguna otra región de la República; los del Estado de Morelos, principalmente, se componían de dos elementos: unos, los advenedizos de última hora que se acercaban á sopear en la olla gorda del licenciamiento y á cantar su desvergüenza á los rayos del sol que nacía (aplausos); los otros traían una nueva práctica, y cuando pensaban en un golpe vandálico sobre los campos devastados y sobre las ciudades atribuladas, llevaban tras de sí una estela de espanto y de luto, un olor de muerte, un resplandor de incendio, un coro trágico en que se mezclaban el descontento de los comerciantes arruinados, los ayes de las mujeres violadas, los quejidos de los soldados federales quemados vivos, en un coro horrible de maldición y de espanto. (Aplausos). Estos no querían el licenciamiento; los primeros se conformaban con un puñado de pesetas, y los otros preferían, indudablemente, las dos horas de saqueo reglamentario que en todas las poblaciones brindaba á su valor la generosidad de ese Genghis Kahn que se llama Emiliano Zapata, y entonces, señores, fué lo que se llama el timo del licenciamiento. La primera vez, los zapatistas entregaron las armas y recibieron el dinero;

después de unos cuantos días más tarde se presentaron á la autoridad en actitud amenazante y recogieron las armas, conservándose religiosamente el dinero (risas); hubo necesidad de un nuevo licenciamiento, y entonces los zapatistas entregaron viejos machetes mohosos y fusiles de chispa descompuestos y guardaron para mejor ocasión, las bombas de dinamita y los maüssers flamantes. Se necesitó un tercer licenciamiento, y cuando el Gobierno federal, ya cansado de tratar con tanta mala fe, de luchar con esa insigne perfidia, destacó una gruesa columna de hombres valientes, abnegados, como son todos los de nuestro Ejército militar, á las órdenes del general Huerta, el señor Madero apareció como la paloma bíblica de la leyenda; el señor Madero dijo: "yo reduciré al orden á estos hombres," y el señor Madero lo que hizo fué aplazar por quince días la acción de las fuerzas federales, detener el avance del general Huerta, entorpecer la acción de los soldados federales, y abrazar tiernamente al integérrimo general Zapata (aplausos), y regresar á México para continuar sus jiras y sus discursos.

Señores, hay algo en esto que es profundamente desconsolador: la llama cundió, el movimiento, que más que político, es ya un movimiento social, fué corriendo con la rapidez con que arde un reguero de pólvora, y no necesito entrar en más detalles después de los episodios de Covadonga, de Atencingo, de Torreón, que han manchado nuestro país, que han salpicado nuestro progreso, que han encendido el rubor de la vergüenza en la frente de la civilización: Zapata está á las puertas de México (aplausos), y ¿qué es lo que se nos dice para remediar estos males? ¿qué es lo que se ofrece á los centenares de despojados, á los millares de huérfanos,

á la inmensa cantidad de huérfanos que vuelven la cara al Poder, á nosotros, señores, con un gesto de angustia en el rostro? ¡Ah! se nos dice que el Sr. Madero, el Gobierno próximo sofocará en tres días la revolución! El General González Salas ha dicho esta mañana; copiando una página de una comedia burlesca, ha dicho: "que en donde digo digo, no digo digo, sino digo Diego" (aplausos). Y ha lanzado á la faz de la República, á los cuatro vientos de la prensa, que no es eso lo que él quiso decir, que él quisiera tener un léxico numeroso y más haces de luz en su cerebro; en fin, que lo que él ha dicho es que con una palabra que pronuncie el señor Madero, la revolución—no la revolución—el bandidaje cesará. Y bien, señores, esa palabra misteriosa, ¿por qué—y es la interrogación enorme, la pregunta formidable que se hace al caudillo triunfante—¿por qué el Sr. Madero no la pronuncia? ¿Es, acaso, que á él no le interesa la vida de los que le han elevado al poder? ¿Es acaso que la riqueza pública no le preocupa, cuando le va á dar las fuentes de los recursos? ¿Es acaso que no quiere más, como se dice ya, señores, y esto es la explicación del caso? ¿Qué el Sr. Madero se reserva su actitud? ¿Qué, quiere llegar al poder para después aplacar la revolución, con el gesto de un Cristo en el lago de Tiberiades, y levantarse é indultar á sus amigos y asumir la actitud generosa y magnánima de Carlos V en el cuarto acto de Hernani? (Aplausos).

Pero, señores, es eso imposible ya. La Patria ha dado á la revolución, ha arrojado á la hoguera, en donde se abrasaron tantas cosas todo lo que tenía: sus nobles anhelos, sus impulsos generosos, su paz, su bienestar, su progreso; la obra revolucionaria está sellada por la sangre de catorce mil hombres, federales ó maderistas,

todos valientes, todos abnegados, mexicanos todos (Aplausos).

El Ejército ha dado lo más conspicuo de sus hijos; en la acción de Mal Paso cayó el coronel Guzmán, el bravo hijo del Colegio Militar; en Ciudad Juárez, murió acribillado por las balas, el denodado Tamborrell; en la tragedia de Culiacán, murió vilmente asesinado el coronel Morelos (bravos, aplausos y vivas), cuya sombra debe perturbar el sueño del señor Ministro de Comunicaciones (bravos y aplausos), y en la acción de Casas Grandes, quedó mutilado nuestro dignísimo Presidente, el bizarro general Samuel García Cuéllar, quien todavía desangrado y herido, con su mutilado brazo heroico, señalaba á las tropas fieles el camino del honor y del deber (aplausos).

¿Qué, querían más los señores revolucionarios? Atacaron al general Díaz, y el general Díaz, cargado de años y de laureles, bajó del solio presidencial; y hoy, en las playas extranjeras, no sabe si volverá á dormir el sueño último en la tierra á la que consagró toda su existencia (prolongada ovación y aplausos). Quisieron el sufragio efectivo, y las casillas electorales han funcionado,—se dice,—con una regularidad admirable (risas). Proclamaron la no reelección, y la reforma constitucional aprobada por la Cámara Federal y por las Legislaturas de los Estados, será en breve una ley. Atacaron al antiguo régimen, y no queda un Gobernador ni un Ministro de los que lo integraron. Quisieron llevar á la Presidencia al Sr. Madero, y no pasarán muchos días sin que el Sr. Madero, cruzada la banda tricolor en el pecho, venga á protestar aquí. ¿Qué, quieren más los revolucionarios? No, señores, distingamos; no son los revolucionarios: los revolucionarios están en-

carnados en ese ciudadano modesto, bravo, honrado, íntegro y digno que se llama Pascual Orozco (aplausos).

¿Qué queda, pues? Queda en Sinaloa Juan Bandejas, el "agachado," con el cadáver del coronel Morelos á cuestras. En el Estado de Morelos y en el Distrito Federal, Zapata, chorreando crímenes, y aquí y allá, algunos más de su calaña; estos, señores, no son revolucionarios; estos son bandidos, y con los bandidos no se trata; á los bandidos se les reduce con la fuerza y se les castiga con la ley (aplausos).

El señor de la Barra, el íntegro, el correctísimo, el immaculado primer funcionario de la República, no es culpable; si todos vosotros ponéis la mano sobre vuestro corazón honrado y justo y os colocáis por un momento en el lecho de Procusto que le brindó la revolución triunfante, comprenderéis, entonces, cuán noble se levanta la figura entre tantas agitaciones y codicias que apenas han dejado trecho para que se levante, immaculada, su reputación (aplausos).

Los culpables, señores,—y hay que decirlo muy alto, porque en la tribuna es preciso tener valor civil—son, el señor Madero y el señor González Salas (aplausos).

Si el señor González Salas tuviera la conciencia de las responsabilidades que ha contraído mandando al matadero al Ejército Federal; si el señor González Salas supiera que ha contraído una inmensa deuda con el país entero, no hubiéramos necesitado, señores, hacerle una interpelación; porque el señor González Salas hubiera procedido correctamente, entregando al Presidente de la República su dimisión (aplausos).

En situaciones semejantes, señores, ó se es cobarde ó se es inepto, y la cobardía y la ineptitud, cuando se

trata de la vida de la Patria, son crímenes, y los crímenes, la pena menor que pueden tener es el retiro á la vida privada.

El señor Madero, por su parte, sabe lo que hace; yo no formo parte, ni formaré, probablemente, parte de sus consejeros; yo no sé lo que los labios áulicos, atenienses, de sus consejeros insuflarán á su oído; yo no sé lo que quiera hacer en esto; yo sólo sé una cosa: que él protege á Zapata: lo dice la voz pública; yo sólo sé que los bandidos indultados no se regeneran más que en las novelas románticas; que en la vida real, salpicada de crímenes, el perdón es impotente para llegar á redimirlos; yo sé que los pretorianos se volvieron contra el César que los colmó de dones, y los genizaros contra el Czar que los llenó de honores; y si el señor Madero apoya y protege la impunidad de Zapata, debe estar muy inquieto, porque Zapata se volverá contra él (aplausos).

Por último, sería cansar mucho vuestra atención seguir sosteniendo la proposición que todos, de una pieza, han calzado con su firma. Yo sólo ruego, por lo mismo, que con amor patriótico, porque es el momento de hacerlo, digamos que es necesario, que es urgente, que es preciso que venga aquí el Ministro de la Guerra, á sincerarse de los cargos que yo le he formulado y nos diga la clave de esta pregunta..... (Voces: que venga, que venga); y creo interpretar el sentido de la Cámara, diciendo como uno de los diputados de la Suprema Convención, cuando se trataba de la abolición de la esclavitud: "Señor, no nos avergoncemos con este debate: que venga el Ministro de la Guerra" (aplausos)".

La Cámara, por una abrumadora mayoría de votos, resolvió constituirse en sesión permanente y nombrar comisiones para que fueran en busca de los señores Secretario de Gobernación y Subsecretario de Guerra para que rindieran sus informes.

El de Gobernación, Ing. D. Alberto García Granados, fué recibido con demostraciones de simpatía porque de los miembros del Gabinete era el más "barrista," es decir, el más adicto partidario del Lic. de la Barra. Leyó este informe:

SEÑORES DIPUTADOS:

"El Gobierno tiene la convicción de que el problema de Morelos es, en el fondo, de carácter económico, y ha tenido desde un principio el propósito de solucionarlo. Con ese fin inició la creación de una comisión agraria. Pero esta comisión nada podrá realizar, en tanto que no se restablezca en el Estado la paz pública, y á ello tienden todos los esfuerzos del Ejecutivo, por hoy.

Desde el primer momento que se presentaron las dificultades en el Estado de Morelos, el Ejecutivo dictó las medidas conducentes al restablecimiento del orden público, enviando al lugar de los sucesos fuerzas de línea y rurales en cantidad considerable. El señor Presidente personalmente ha dictado las órdenes más precisas y enérgicas, á fin de que la campaña de Morelos, que tan preocupada tiene á la opinión pública, terminara en breve plazo.

Desgraciadamente, toda la buena voluntad y todo el empeño del señor Presidente han resultado, hasta hoy, infructuosos, y las bandas de Zapata merodean por el desgraciado Estado de Morelos, hoy como el primer día que se alzaron en armas.

Al contemplar tan lastimoso estado de cosas, al ver que en una campaña de dos meses nuestro ejército no ha logrado dominar esas hordas de foragidos, no pude menos que exclamar ante algunos representantes de la prensa, *que existe una influencia poderosa que impide que las órdenes del Gobierno se cumplan*. Pero debo declarar formalmente ante esta H. Cámara, que fué esa una opinión mía personal y no la opinión del Gobierno. No puedo precisar cuál sea esa influencia, no puedo presentar hechos concretos, como lo pide la H. Cámara, porque no tengo pruebas que presentar. Tal vez se pueda precisar algo en este particular, cuando se conozca el informe que próximamente rendirá el general Huerta sobre la campaña de Morelos.

El Gobierno está hondamente preocupado con la situación actual, y el señor Presidente me encarga manifieste á la H. Cámara que mañana, á primera hora, se reunirá el Consejo de Ministros, á fin de deliberar acerca de las medidas que se deban dictar para poner fin á esa situación.

Y pido desde hoy permiso á esta H. Cámara, á fin de que un representante del Ejecutivo le dé cuenta, en la sesión de mañana, con el resultado de esa deliberación."

El Subsecretario de Guerra y Marina, General González Salas, que tenía un auditorio prevenido en su contra, como que aparecía casi como un acusado que debe sincerarse, fué recibido hostilmente. Su discurso, dicho entre los gritos de protesta del auditorio, casi se perdió; pero de un periódico de la época pudimos recoger los siguientes conceptos, que no son los literales ciertamente, pero que sí dan idea de sus razonamientos:

CAPILLA ALFONSO

“Los enérgicos esfuerzos que el Ejecutivo ha hecho para sofocar los desórdenes, han tropezado con enemigos tales, como la gran falanxe de adeptos que en todos los pueblos se unen á los “zapatistas.”

Parece ser que al entrar á Milpa Alta las huestes “zapatistas,” fueron engrosadas por los indios de toda esa región, pues aquéllos sumaban en un principio quinientos hombres, y ahora cuentan con mucho mayores elementos, lo cual, si bien ha servido para oponer una fuerte barrera á los federales, éstos no han sido vencidos.

El “zapatismo” se ha extendido hasta el Estado de Oaxaca, en donde han aparecido algunas partidas hasta de quinientos hombres, que cometen tropelías.

El señor General González Salas, se refirió también á la frase que se le atribuyó, de “que el Sr. Madero sofocaría estos desórdenes en tres días.” Dijo á este respecto que si él había dicho frase semejante, era porque así lo indicaba el grande prestigio y popularidad del Sr. D. Francisco I. Madero. (Esta frase fué saludada en las galerías con una tempestad de siseos, que apagaron por algunos segundos la palabra del orador.)

Signió diciendo el General González Salas que con motivo de la aparición de los “zapatistas” en el Distrito Federal, se habían tomado enérgicas y prontas disposiciones; que los hombres del dieciocho Batallón ya han ocupado Tláhuac, y que para ayer en la tarde debía estarse librando un combate en Tulyehualco. Se refirió también á las fuerzas combinadas que forman el núcleo que dirige el señor General Cáuz, y manifestó esperanzas de que dentro de muy poco tiempo quedarían sofocados los desórdenes.

Terminó diciendo el General González que hoy se

efectuaría un Consejo de Ministros, y que como el Ejecutivo estaba deseoso de poner en conocimiento de la Cámara todo lo que á aquel asunto se refiriera, mandaría un informe á la Representación Nacional sobre los que se tuvieren en el citado Consejo de Ministros.”

### CAPITULO XXIII

Crisis ministerial.—La campaña contra los zapatistas  
Otros sucesos

Luego que hubo acabado de pronunciar su discurso el General González Salas, la multitud que llenaba las galerías prorrumpió en gritos pidiendo que el Subsecretario de Guerra y Marina dimitiera, por considerar que su permanencia en ese importante puesto, que le asignaba la dirección de la campaña contra las hordas zapatistas, era contraria á los intereses generales.

A las puertas de la Cámara se había situado otra multitud que á su vez pedía la permanencia de González Salas en la Subsecretaría de Guerra y la inmediata renuncia del Ing. García Granados, quien desde unas semanas antes estaba haciendo declaraciones rotundas enteramente desfavorables al caudillo de la Revolución, pues lo acusaba de entorpecer las gestiones del Gobierno y lo presentaba como un detentador de los principios que proclamó en su “Plan de San Luis.” Esa multitud también imprecaba enérgicamente á los diputados que más se distinguieron pidiendo los informes de los miembros del Gabinete, y quizás hubiera ocurrido un choque sangriento entre los dos bandos si la policía, que recibió órdenes terminantes del mismo Presidente de la República, no interviene de una manera prudente para evitarlo.